

BIBLIOTECA CENTRAL

HOMILIA

LA CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO

HOMILÍA

SOBRE

LA CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO.

Deus qui jussit de tenebris lumen splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris, ad illuminationem scientiæ claritatis Dei in facie Christi Jesu. (II. Cor., iv, 6.)

El Dios que mandó á la luz salir del seno de las tinieblas, es el mismo que ha hecho brillar en nuestros corazones la claridad de la ciencia divina, reflejada hácia nosotros por el rostro de Jesucristo.

La más bella y la más graciosa de las criaturas corporales, la luz, es también la más necesaria. Sin la luz, el mundo no sería más que una horrible prisión, en la que los hombres y animales, forzosamente inmóviles y como encadenados en su sitio por las ligaduras de las más profundas tinieblas, y sin saber unos de otros, no podrían ni obrar ni subsistir. En vano, pues, dice San Ambrosio los hubiera Dios criado, si no les hubiese dado el medio de verse: así es que Dios tuvo cuidado de comenzar por la luz la serie de las maravillas de la creación (1).

(1) Undè vox Dei debuit inchoare, nisi à lumine? Frustrà enim esset mundus, si non videretur. (*San Ambrosio.*)

Pero, según San Pablo, esa admirable criatura, la luz, que Dios hizo brillar en el mundo al principio de la creación, no ha sido más que la figura y la profecía de la luz todavía más admirable de la ciencia divina, cuya radiante claridad difundió sus resplandores en las almas en tiempo de la redención: *Deus qui jussit*, etc. Y como, según el hermoso pensamiento de San Ambrosio, la luz material que alumbró los cuerpos no es más que el reflejo del rostro del Dios criador (1), del mismo modo, añade San Pablo, la luz espiritual que ilumina las almas, no es más que el reflejo del rostro adorable de Jesucristo, del Dios Redentor: *In facie Christi Jesu*.

Porque, en efecto, la luz de Dios, en el Evangelio, resplandece no solamente en todas las enseñanzas de Jesucristo, sino también en todas sus obras; y nos ha iluminado no tan sólo con sus palabras, sino también con sus milagros. Esta observación puede aplicarse muy particularmente al asombroso prodigio de la curación del ciego de nacimiento. En ese prodigio encontramos el misterio de la fe puesto en acción, y, al explicarle, podremos ver en él la gracia de la fe, la confesión y el juicio de la fe.

PRIMERA PARTE.

El Salvador del mundo no reveló jamás ninguna de sus grandes verdades sin confirmarla con alguno de sus grandes milagros. Así, según San Juan Crisóstomo, para confirmar la revelación de su origen eterno y de su divinidad, revelación rechazada por los judíos, y por la cual habían querido apedrearle, fué por lo que Jesucristo obró el milagro tan nuevo, como hasta entonces

(1) Deus vidit lucem et vultu suo illuminavit. (*San Ambrosio.*)

inaudito, de la curación de un ciego de nacimiento (1).

No sabemos más que por la tradición que el ciego de nacimiento se llamaba Sidonio. Pero si el Evangelista no nos ha dicho su nombre, nos ha dado á conocer su condición, diciéndonos que era un pobre mendigo (2). Por esa circunstancia, el historiador sagrado, según San Juan Crisóstomo, quiso mostrarnos la inefable bondad con que nuestro amable Salvador prefería siempre los pobres á los ricos, los desheredados del mundo á los grandes de la tierra, y hacía de ellos los objetos constantes de su predilección y de sus beneficios (3).

Ved, en efecto, con qué bondad se acerca á aquel desgraciado que yacía en medio de la vía pública, con cuánto interés le mira, y con cuánta ternura compadece su suerte. Porque todo eso, según San Juan Crisóstomo, se halla comprendido en estas palabras del Evangelista: «Vió á un hombre ciego desde su nacimiento» (4). ¡Dichoso Sidonio!... Jesucristo te mira, ya te has salvado: porque, dice el venerable Beda, cuando Jesucristo mira al hombre, quiere usar de misericordia con él (5).

Dignaos, pues, Dios mio, concederme, y á todos esos piadosos oyentes, una de esas miradas de vuestra misericordia, una de esas miradas que salvan; una de esas miradas que iluminan y santifican al mismo tiempo: ¡miradnos y salvadnos!... (6)

Sí, hermanos míos; podemos dirigir con confianza al Señor esta humilde súplica, con la seguridad de que no será desatendida. En efecto, según San Gregorio, el gran-

(1) Venit ad miraculum maximum et ad id temporis nunquam factum confirmando quod dixerat in templo, fidemque faciens quod Deus esset. (*San Juan Crisóstomo.*)

(2) Mendicabat. (*San Juan*, ix, 8.)

(3) Non insignes, non nobiles, sed ignobiles et mendicos sua ducebat dignos providentia et summa devotione curabat. (*San Juan Crisóstomo.*)

(4) Vidit cæcum, id est ad eum accessit; studiosè respexit. (*Ibid.*)

(5) Respicere Dei, miserari est. (*Ven. Beda.*)

(6) Respice in nos et salva nos. (*Ven. Beda.*)

de milagro que Jesucristo iba á obrar curando el ciego de nacimiento, era, como la mayor parte de sus demás milagros, simbólico y figurativo. Porque aquel prodigio quería representar de una manera sensible, el prodigio todavía más asombroso por el cual debía dar á los hombres la verdadera luz iluminando sus almas con su doctrina y con su gracia (1). Y en efecto, continúa San Gregorio, cuando vemos á ese pobre ciego para quien la luz del día era tan desconocida como si no existiese sentado á la orilla del camino cubierto de harapos, pálido, triste, desconsolado, famélico, que mendiga en vano, porque nadie se interesa por él ni le llama la atención, ¿cómo no hemos de ver en él una imagen viva del género humano todo entero en la época de la venida del Salvador? El género humano, indigente también de todo bien espiritual, privado de la luz de la verdad, marchando á tientas, según la expresión de un profeta, entre las densas tinieblas, entre los monstruosos errores de las filosofías y de las religiones humanas, mendigando inútilmente al hombre lo que éste no podía darle, había concluido por sentarse y abatirse en su desesperación y corrupción (2). Por otra parte cuando vemos á Jesucristo que por un movimiento espontáneo va á buscar al ciego de nacimiento para curarle, ¿cómo hemos de dejar de reconocer á ese mismo hijo de Dios que había visto la irremediable y universal ceguera de que adolecía el género humano desde la falta original, y que venía á iluminar nuestras almas con el sol de su divina presencia (3).

Eso lo confirmó Jesucristo con sus propias palabras. Habiéndole preguntado los Apóstoles si Sidonio había

(1) Ut significaret se simili modo homines illuminaturum in monte per suam doctrinam et suam gratiam. (*San Gregorio.*)

(2) Sedentibus in regione umbræ mortis. (*Is., IX, 2; San Mateo, IV, 16.*)

(3) Cæcum est humanum genus, quod in parente primo claritatem suæ lucis amisit, sed tamen per Redemptoris sui præsentiam illuminatur. (*San Gregorio.*)

nacido ciego á causa de los pecados de sus padres, el Salvador les respondió: «La ceguera de ese hombre no es consecuencia de ningún pecado; es únicamente un medio providencial que Dios ha elegido para manifestar el poder de su Hijo (1).» Nuestro Señor añadió también estas profundas y grandes palabras: «Mientras yo estoy en el mundo, soy la luz del mundo (2): es decir, que por mí se refleja toda luz de verdad sobre las inteligencias humanas.» Pues bien, dice San Agustín, como las palabras «mientras que,» *quamdiù*, abrazan la duración entera del mundo, Jesucristo nos ha revelado por ellas lo que el discípulo amado debía enseñarnos en su Evangelio, cuando dijo del Verbo hecho carne: «Era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo...» (3).

En efecto; aun antes de su aparición corporal en este mundo, Él es, dice Tertuliano, y no podía ser otro que Él, la sabiduría, la palabra, el Verbo de Dios, que debía un día hacerse hombre, que podía conversar con los hombres sobre la tierra para iluminarlos é instruirlos (4). Él fué el que reveló al primer hombre lo que se llama la ley natural, que por la tradición se ha esparcido en el mundo. Él fué el que más tarde inspiró á los Patriarcas, iluminó á los Profetas y dió su ley escrita al pueblo judío. Él fué el que después de su encarnación reveló al mundo la ley evangélica, que no es otra ley, dice Santo Tomás, sino la misma ley primitiva ahora escrita y revelada en toda su plenitud y toda su perfección. Él es, en fin, el que por ministerio de los misioneros católicos continúa espar-

(1) Neque hic peccavit, neque parente ejus; sed ut manifestentur opera Dei in illo. (*San Juan, IX, 3.*)

(2) Quamdiù sum in mundo, ego sum lux mundi. (*Ibid.*)

(3) Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (*San Juan, I, 9.*)

(4) Deus alius in terris cum hominibus conversari non potuit, nisi sermo qui erat caro futurus. (*Tertuliano.*)

ciendo, aun entre los pueblos más bárbaros, esa misma revelación que ilumina al mundo civilizado, del mismo modo que Él es el que desde hace seis mil años ilumina al mundo físico con su sol: *Deus qui jussit de tenebris lucem splendescere, ipse illuxit in cordibus nostris.*

Tal es, pues, el manantial ú origen de la verdadera luz que ilumina las inteligencias. No os dejéis, pues, engañar por los discursos de los que abogan por una luz puramente humana. No es la filosofía, sino la Religión; no son las laboriosas indagaciones del hombre, sino la revelación de Dios; no es la razón, sino la fe, lo que puede iluminar al hombre de una manera sólida y perfecta; sin esa luz del Verbo no se conoce con seguridad nada cierto y verdadero, del mismo modo que no se hace nada verdaderamente virtuoso sin su gracia. El que busca la verdad como el que ama la virtud, debe venir á buscar una y otra en ese foco divino que brilla en la Iglesia y por la Iglesia. Toda luz que no viene de Jesucristo, no es más que un resplandor falso, como toda virtud sin él no es más que aparente y facticia. No hay dos soles en el mundo moral, como no los hay en el mundo físico, sino uno solo: Jesucristo no nos deja duda alguna en cuanto á este punto: Mientras yo estoy en el mundo; soy luz del mundo: *Quamdiu sum in mundo, ego sum lux mundi.*»

Al pronunciar esas grandes palabras, el divino Salvador dejó caer en tierra, de sus purísimos labios, un poco de saliva, la mezcló con el polvo, formó una especie de barro, y frotó con él los ojos del ciego (1). Mas ¿qué necesidad tenía el Salvador de semejante procedimiento, cuando con una palabra podía curar al ciego, como con una sola palabra había creado todas las cosas? Los mo-

(1) Hæc cum dixisset, expuit in terram et fecit lutum ex sputo et linivit utum super oculus ejus. (*San Juan*, ix, 6.)

ernos racionalistas, secta tan impía como estúpida, á la que ha venido en fin á parar el protestantismo alemán; los modernos racionalistas, que para explicar por la razón los milagros del Evangelio no retroceden ante ningún absurdo, no se han ruborizado de firmar que Jesucristo no era más que un grande empírico, y que el barro empleado por Él no era más que una especie de unguento de que poseía el secreto, por manera que aquella curación no tuvo nada de milagrosa.

Esa odiosa blasfemia ni aun tiene el mérito de la novedad. En tiempo de San Ambrosio, los enemigos de la divinidad de Jesucristo, los antiguos arrianos, padres de los arrianos modernos, habían caído en el mismo delirio, y San Ambrosio les respondía lo que nosotros podemos responder todavía: «Precisamente porque empleó aquí barro ó cieno, no se trata de ciencia natural, sino del poder divino. El arte humano no sirve de nada aquí: todo es obra de la Divinidad» (1).

Observad, en efecto, hermanos míos, que se trataba de un ciego de nacimiento, y no sólo de un hombre que tenía una enfermedad de ojos. Sidonio se hallaba, pues, completamente privado del órgano de la vista, y cuando Jesucristo le curó completamente y de repente de su ceguera, debió experimentar la misma dificultad en ver, que todo niño que viene al mundo. El niño recién nacido, aunque tenga el órgano de la vista perfectamente sano, no ve al principio los objetos más que confusamente: todo lo que ve le parece que lo tiene sobre los ojos, y sólo por la experiencia sucesiva y con auxilio del tacto llega á distinguir los objetos y á conocer su distancia real. Era preciso, pues, para que Sidonio pudiese ver instantáneamente y con perfección todas las cosas,

(1) Quod luto linivit, non artis est, sed potestatis; sanitatem dedit non exercuit medicinam. (*San Ambrosio.*)

que Jesucristo crease para él un órgano visual completo en todas sus partes, si no que le diese al mismo tiempo esa aptitud, esa facultad de ver, que sólo se obtiene por grados con el tiempo y la experiencia. Pues bien, sostener que Jesucristo pudo realizar todo eso por un procedimiento puramente natural, puramente humano, es algo más que un absurdo, es la estupidez llevada hasta el colmo.

Pero dejemos á esos abyectos impostores, condenados por la justicia de Dios á devorar los errores más groseros, en castigo de que no han querido escuchar ni aceptar las verdades reveladas de lo alto. Oigamos á los Padres de la Iglesia, esos genios inmortales que han asombrado el mundo no menos con la sencillez de su fe y la santidad de su vida, que con la sublimidad de su ciencia y el esplendor de sus luces. Dios les ha concedido el privilegio de penetrar y explicar los profundos misterios de su religión, ocultos bajo la corteza de los hechos más sencillos de su Evangelio. San Agustín nos dirá desde luego que el Salvador hizo uso de un poco de barro en la curación del ciego de nacimiento, para mostrar que era el mismo Dios que al principio del mundo había formado con un poco de barro el cuerpo entero del hombre (1).

Observad también, nos dirá Eusebio de Emeso, que la saliva descende de la cabeza á la boca, y que por eso mismo es una figura expresiva de la divinidad del Verbo Eterno, que es engendrado y descende del entendimiento divino, y que ha dicho de sí mismo: «Yo soy la sabiduría que ha salido de la boca del Altísimo» (2). «Esa saliva divina, añade San Agustín, cayó la primera

(1) Voluit docere seipsum esse creatorem qui in principio ad hominis formationem usus est luto. (San Agustín.)

(2) Saliva, quæ naturalitèr ex capite defluit, Christi divinitas est, quia sapientia ex ore Altissimi prodivit. (Euseb. Em.)

vez sobre la tierra cuando el Verbo Eterno descendió á la tierra santa, á la tierra virgen del seno de Maria: entonces fue cuando, por la operación de un arte enteramente divino, se coaguló un barro precioso, y el Verbo Eterno tuvo un cuerpo» (1).

¿Qué quiere, pues, enseñarnos Jesucristo cuando con un poco de saliva y de tierra proporciona el beneficio de la vista al ciego de nacimiento? Nos enseña que por la fe en el misterio de la Encarnación, por la fe en su divinidad personalmente unida á la humanidad, proporcionará á los hombres la vista del espíritu, la luz que conduce á Dios. Sí, la fe en la divinidad y en la humanidad de Jesucristo: «Tal es, dice el sabio y piadoso Cornelio á Lapide, tal es el milagroso unguento que debe remediar la ceguera de las almas.» Esa fe es el principio de toda luz, de todo conocimiento, de todo progreso en la ciencia de Dios y del hombre: fuera de esa fe, el hombre no se conoce á sí mismo, como tampoco conoce á Dios (2). Los que no han recibido la unción de ese bálsamo divino, manipulado por el mismo Espíritu Santo; los que no tienen una fe viva y sincera en la divinidad y humanidad de Jesucristo, permanecen siempre ciegos. Pero nosotros, hermanos míos, si tenemos esa fe santa, si creemos firme y eficazmente en el misterio del Verbo hecho carne, regocijémonos: el mismo prodigio que se operó en el ciego de nacimiento ha operado todavía más maravillosamente en nuestras almas: de ciegos que éramos, hemos llegado á ver bien claro en las cosas de Dios y de la salvación eterna (3).

Pero volvamos á Sidonio: había cerca del templo una

(1) Saliva hæc in terram cecidit, quia Verbum in Virginem descendit, et factum est lutum, quia Verbum caro factum est. (San Agustín.)

(2) Hoc igitur medicamentum est quo cæci illuminantur. (Cornelio á Lapide.)

(3) Cæci sunt qui hoc luto non tanguntur. Tanguntur vero qui Christum Deum et hominem confitentur. (Ibid.)

fuente milagrosa, á la que el profeta Isaías, que la había hecho brotar con sus oraciones, había dado un nombre misterioso, llamándola *Siloe*, palabra que, según el evangelista, significa *Enviado* (1). Aquella fuente era, pues, la figura del bautismo de Jesucristo, del que debía ser enviado de los cielos, y enviar á sus Apóstoles como había sido enviado el mismo Jesucristo; después de frotar los ojos de Sidonio con el barro, le mandó que fuese á lavárselos en aquella fuente, y su obediencia fué recompensada con la desaparición de la ceguera. Fué al manantial, se lavó los ojos, y volvió con vista (2). Así nos ha revelado Jesucristo, de una manera sensible, la necesidad del bautismo para obtener la iluminación del espíritu por la doctrina. Verdad es que la instrucción catequística es la que nos da el conocimiento de las verdades reveladas. Mas por el bautismo recibimos la costumbre de la fe, es decir, ese don sobrenatural que prepara y dispone al acto de fe. La instrucción viene á hacer brillar la luz en los ojos del espíritu, pero el bautismo es el que crea, por decirlo así, el órgano visual, confirmando al espíritu la aptitud para ver las cosas de Dios, poniendo en nosotros una disposición efectiva y habitual para adherirnos á ellas por la fe.

Nosotros, pues, cristianos, que hemos recibido la unción divina por la revelación del misterio de Jesucristo, del Verbo encarnado; nosotros, que hemos sido lavados y santificados en la fuente del Mesías enviado de Dios; nosotros, que hemos recibido el doble beneficio del bautismo y de la instrucción cristiana, guardémonos de olvidar jamás de dónde nos viene ese doble é inapreciable beneficio. No olvidemos nunca que ni la razón ni la virtud natural son las que han podido realizar en nosotros

(1) Siloe quod interpretatur missus. (*San Juan*, ix, 7.)

(2) Abiit ergo et lavavit et venit videns. (*San Juan*, ix, 7.)

esa transformación: que por su misericordia, por el don gratuito de la regeneración y de la renovación en el espíritu divino, es por lo que hemos sido salvados de la ceguera original y funesta que nos habría conducido á las tinieblas eternas (1).

Sería muy difícil formarse una idea del asombro y del estupor de la multitud cuando vió volver de la fuente á Sidonio, el ciego de otro tiempo, que ya no necesitaba de guía, y en cuyos ojos brillaba la alegría de que se hallaba trasportado su corazón. Muchas personas se negaban á dar crédito á la evidencia misma y al testimonio de sus propios ojos, cuando todo el pueblo gritaba: «Es Sidonio, el ciego mendigo, que acaba de ser favorecido con un grande milagro, y que ve tan claro como nosotros» (2), ellos se obstinaban en decir: «¡Es imposible!... ¡no es él!... es alguno que se le parece» (3). Y Sidonio les respondía: «Soy yo» (4). Y todos le preguntaban cómo se habían abierto sus ojos (5), y respondía: «Ese hombre llamado Jesús ha formado un poco de barro, me ha frotado con él los ojos, y me ha dicho: Id á la fuente de Siloe y lavad en ella vuestros ojos (6). Fuí, me lavé, y veo.»

Observad bien, hermanos míos, el admirable laconismo, la sublime concisión de estas tres palabras: «Fuí, me lavé, y veo.» La rapidez misma de la frase expresa de la manera más viva y más enérgica la instantaneidad y la perfección del prodigio, como también expresa la sencillez y la prontitud de la fe por parte del ciego.

(1) Non ex operibus justitiæ quæ facimus nos, sed secundum suam misericordiam salvos nos fecit per lavaerum regenerationis et renovationis Spiritus Sancti. (*Tit.*, ii, 5.)

(2) Hic est qui sedebat et mendicabat. (*San Juan*, ix, 8.)

(3) Alii autem: Nequaquam, sed similes est ei. (*Ibid.*, 9.)

(4) Ille vero dicebat quia ego sum. (*Ibid.*)

(5) Dicebat ergo ei: Quomodo aperti sunt tibi oculi? (*Ibid.*, 10.)

(6) Ille homo, qui dicitur Jesus, lutum fecit, et unxit oculos meos; et dixit mihi: Vade ad natatoria Siloe, et lava. Et abii, et lavi, et video. (*Ibid.*, 11.)